



Universidad Nacional de Rosario

Facultad de Psicología

Trabajo Integrador Final

Inyecciones de tiempo

Ensayo

Autora: Tejedor, María Emilia

Legajo: T-5139/1

Docente Responsable: Vitantonio, Mauro

-2020-

Índice

Resumen y palabras claves.....	1
¿Hay un tiempo para las desventuras subjetivas?.....	2
Lo extranjero en la extranjería.....	3

El analista: un extranjero.....	6
El duelo del analista como tiempo para las desventuras subjetivas	11
Conclusiones.....	1
4 Referencias	
Bibliográficas.....	15

Resumen

El presente ensayo se propone, desde el psicoanálisis, abordar las desventuras subjetivas en los niños. Tomando como referencia, las respuestas constituidas en relación a un determinado modo de presentación del Otro, de la extranjería y, a través de un recorrido por la problemática del objeto *a* en tanto extranjero. El objetivo de este escrito, es vislumbrar la paradoja en la que se sitúa el analista en la clínica de las desventuras subjetivas. Entre hospitalidades que rechazan (porque se halla algo de lo familiar en juego) y hospitalidades que alojan siendo alojadas (he allí el analista). Se propone que el analista, mediante su propio duelo efectuado cada vez, posibilite desdoblar aquella extranjería que se le presenta al niño. Esto es, por medio de un concepto elaborado y propuesto aquí en este escrito por quien escribe como intervención del analista en el campo de las desventuras subjetivas: las inyecciones de tiempo. Intervención que dependerá directamente de la puesta en juego del deseo del analista. Se pretende, de esta manera, rescatar la gran complejidad que conlleva la práctica del analista en la clínica de las desventuras subjetivas. Se concluye que el analista no se encuentra exento de la tensión siempre presente de las leyes de la hospitalidad y que una clínica difícil e infernal como la de las desventuras subjetivas, solo ha de ser soportada y vivible a condición de apostar, una y otra vez, a la hospitalidad absoluta, o sea a alojar lo extranjero en un vacío. El vacío del deseo del analista.

Palabras Claves

Extranjero, Tiempo, Transferencia, Duelo, Deseo del analista.

¿Hay un tiempo para las desventuras subjetivas?

Este ensayo intenta hacer letra a partir de una necesidad, la de dar algún orden de sentido al encuentro con niños afectados en su constitución subjetiva, valiéndonos de las trazas que dan a leerse.

Para comenzar, proponemos una lectura sobre el advenimiento del tiempo como escansión en la constitución subjetiva.

La infancia no es solo una etapa del desarrollo sino, para el psicoanálisis, la hora en que el niño adviene, como sujeto, en el Otro. Esta hora no acontece de un solo golpe. La constitución subjetiva se encuentra sostenida en tiempos lógicos de escansión, a partir de los cuales el niño se apropia de la estructura que está desde el inicio; y que, además, requieren de un tiempo cronológico para que operen, para que impriman.

Aquí reside el punto que nos parece importante considerar: la relación que se establece entre tiempos lógicos y tiempos cronológicos cuando los primeros no han operado en una diacronía, produciendo determinados efectos que podríamos considerar como perturbaciones, es decir, como "(...) aquellos fenómenos clínicos que dan cuenta de las consecuencias que se evidencian al no producirse ciertas operaciones lógicas" (luale, 2016, p.140). En este punto es menester preguntarse, en cada caso, si habrá de tomarse este desencuentro entre tiempos lógicos y cronológicos como definitivo o cabría la posibilidad de pensarlo como momento abierto a posibles transformaciones. He aquí, una de las aristas de la problemática del tiempo en la clínica con niños.

El encuentro con las desventuras subjetivas, permite ubicar la no producción de

ciertas operaciones lógicas, pero aquí es importante situar la advertencia acerca de la utilización de las mismas como parámetros esperables e indicadores de solo aquello que se encuentra demorado o no constituido. Dada esta advertencia, proponemos abrimos a la ética de apostar al advenimiento de un sujeto. Pero, ¿cómo? Se trata de localizar, en calidad de respuestas constituidas, los detalles extraños, sin sentido, raros, locos e imprevistos con los que se presentan algunos niños, tomándolos como intentos, tal vez fallidos, de hacer algo con aquello que los desborda y enloquece.

Se desprende de esta lectura, no solo reconocer lo que no se ha producido, sino también localizar lo que si se ha constituido. Partiendo de dicha postura, consideramos indispensable asumirnos en tanto lectores que, acompañando, se sumerjan en las producciones de los niños con la finalidad de abrir paso a intervenciones que proponemos llamar inyecciones de tiempo. Concepto que aquí elaboramos.

Ahora bien, ¿en qué consisten las inyecciones de tiempo? En pos de trazar un recorrido en torno a esta pregunta ubicaremos la problemática respecto a lo extranjero en psicoanálisis, como operador de lectura, siguiendo las coordenadas del *Seminario X La angustia* (Lacan, 2018a). Operador de lectura que nos permitirá comenzar a explicitar en profundidad el concepto teórico-clínico que aquí planteamos como intervención del analista.

En relación a esta pregunta, las respuestas que podamos articular en este escrito no serán planteadas desde una verdad eterna sino (como toda respuesta en la clínica), en tanto una de las posibles contraseñas para hacer frente a las dificultades. Contraseña que podrá devenir útil a las instituciones que desde el psicoanálisis, trabajan con niños afectados de problemáticas en la constitución subjetiva.

2

Lo extranjero a la extranjería

“Así, hablar de lo vecino, de lo exiliado, de lo extranjero, del visitante, del hogar propio en el hogar ajeno, impide a los conceptos tales como el yo y el otro o el sujeto y el objeto, presentarse bajo una ley perpetuamente dual.”

Anne Dufourmantelle

En el psicoanálisis repetimos que el inconsciente es el discurso del Otro, frase que de entrada implica la pregunta por el origen. Allí, al inicio, se encuentra el decir, *lalengua*. Aquel farfullar de Otros en el que se soporta el enjambre de los significantes Uno aislados (Lacan, 2019). Enjambre que se impone y dispone del sujeto, no sin dejar una marca. He aquí que antes de ser sujeto hablante, se es sujeto hablado. En tanto somos herederos de la extranjería, se nos demuestra que el inconsciente es una lengua extranjera. Lengua extranjera que nos marca en un tiempo mítico con una letra indigerible, sin sentido, que divide al sujeto. Letra y división que adquirirán después

retroactivamente su sentido. Sentido que irá hilando el guion de la historia del sujeto alrededor de un vacío.

Afirmamos de este modo que antes de que el niño hable, o incluso si no habla, se encuentra presente la dimensión de un Otro que impone las primeras marcas (la voz, sonidos aislados, ruidos, fragmentos de habla). Una experiencia de alteridad, sin posibilidad de establecer con ella un registro que permita plantearla como tal.

Tanto es así, que es preciso “para constituir el espacio de una casa habitable y de un propio-hogar, (...) una abertura, una puerta y ventanas, es preciso asignar un pasaje al extranjero. No existe casa o interioridad sin puerta ni ventanas” (Derrida, 2000 p. 63). Hay que formarse en lo extranjero, tal es el movimiento fundamental. He aquí, la
extranjería que aloja siendo ella misma alojada.

Dicha abertura, la localizamos gracias a aquello extranjero a la extranjería. Es decir, por el objeto *a* en tanto resto caído del pasaje por el Otro. Caída que aporta un exterior, anterior a toda interiorización, situando al extranjero. Aquel que al separarme, instituye una alteridad simbólica que garantiza el exilio de la relación dual, y del efecto letal de *lalengua*.

Caída que designa entonces un extranjero a la simbolización, como cero, como nada, desde la cual el tiempo del sujeto empieza a contar.

He así, como un candado que tiene un agujero, se abre en el Otro un intervalo, una hiancia; a través de un objeto extranjero, inasible, invisible, impronunciable, aunque sea empero la llave de nuestro asidero en el mundo. La llave del funcionamiento significante que sumerge al sujeto en la angustia, en la indeterminación, situándolo frente al deseo del Otro como un objeto enigmático. Allí, en tanto que indeterminado, se ubica en el lugar de la falta.

Es entonces que las puertas y ventanas de lo imaginario se abren para acoger al extranjero y demandarle a éste un lugar, un valor, una significación, algo como respuesta a aquella pregunta inquietante que dicho extranjero introduce en nosotros ¿qué objeto soy para el Otro?

Cortina ilusoria, pero necesaria. Ficción amorosa, infernal e insaciable, que bordeando aquello cuya señal es la angustia (el agujero del Otro), exige la presencia de un Otro todopoderoso (tal y como si aquel supiera la respuesta), ante el cual el sujeto espera expectante. Una espera no sin angustia para descifrar que objeto se es para el Otro, “¿cuánto valgo?” en palabras de Barthes (2002, p. 166).

Es de este modo, a condición de darle pasaje al extranjero invisible, que se nos permite ver otros objetos, reconocerlos e incluso intentar reconocernos en ellos, asumir y sostener una imagen como propia, hablar, jugar y construir el circuito de la pulsión. He aquí lo vivible de la relación con el Otro.

3

Ahora bien, cuando la ficción cae, cuando la cortina se ha corrido, nos hallamos de luto. No solo por la ficción perdida, sino por el personaje que nos había tocado en ella. Ya que las ficciones, las cortinas, las asociaciones que vienen al lugar de esta falla, jamás dirán toda la verdad del extranjero.

Verdad que responde a una experiencia de vacío insustituible, en el cual nos constituimos, y al cual nos vemos devueltos y exigidos a atravesar. Porque es reinscribiendo el lugar destinado al extranjero, al objeto *a*, en tanto falta en lo simbólico, que ese pasaje por lo que no hay, por la falta, por la imposibilidad, por la incompletud,

nos arroja hacia el deseo, como objetos perdidos para el Otro. Emergiendo la posibilidad del desasimiento, la separación.

En este sentido, Kohan (2020) nos dirá “(...) el amor, cuando está articulado al deseo, mutila al Otro (...) mutilarlo es sacarle un cachito, es descompletarlo, es arrancarle un pedazo para que devenga otro, un objeto parcial” (p. 59). Porque el otro, el *a*, siguiendo a Lacan, está en el deseo como algo depositado en el objeto amado.

El extranjero se impone como condición absoluta. Es el tiempo cero que suscita el deseo, que lo causa en tanto atañe a lo que ocurre con la muerte. En efecto, lo que encontramos profundamente comprometido en la clínica de las desventuras subjetivas, es el extranjero, el *a* como cero, aquel que procede del vacío esencial a la extranjería. Puesto que las presentaciones paradójicas que hallamos en los niños afectados en su constitución subjetiva, son respuestas constituidas en relación a un Otro lleno. Una extranjería no agujereada, efecto de la no emergencia de lo extranjero en ella.

Ahora bien, tomando en cuenta lo expuesto anteriormente, nos encontramos en condiciones de comenzar a explicitar el concepto teórico-clínico que planteamos en el presente escrito como intervención del analista.

Hemos situado que el extranjero- el *a*- como cero desde el cual el tiempo del sujeto deseante empieza a contar, se encuentra comprometido en las desventuras subjetivas. Compromiso que nos permite vislumbrar el desafío al que nos enfrentamos en la clínica.

Nos encontramos ante una tarea que conlleva una gran implicación del analista, puesto que al cobrar el carácter de una inyección, exige ser llevada a cabo una y otra vez.

He aquí como el analista, hallándose enteramente subsumido en la creación de agujeros en la extranjería que se le presenta al niño, deberá ceder, una y otra vez, lo extranjero, el *a* en el que se soporta como falta para su Otro.

Dicha labor es importante considerarla en el abordaje de las desventuras subjetivas. Puesto que solo situando un vacío a partir del *a* como cero-como extranjero es que se abren las puertas para la construcción de relaciones posibles, y, en algún punto, soportables, con respecto a la dimensión de extranjería que se haya puesta en juego (Coirini, 2017). Relaciones que hilan la historia del tiempo. El tiempo del objeto que fuimos para el Otro. Objeto perdido para siempre que impulsa la búsqueda, el deseo del sujeto.

Nos hallamos entonces compelidos en la apuesta ética, como extranjeridades, a aventurarnos en intervenciones que proponemos llamar, ahora sí, inyecciones de tiempo. Las denominamos de esta manera porque mediante el aporte del analista de un punto de extranjería que aloja siendo alojada, le permite al sujeto volver al tiempo de la constitución de aquellas operaciones que no han tenido lugar.

Trabajo difícil en tanto implica al analista en sus propias relaciones con lo extranjero, puesto que las desventuras subjetivas nos exponen frente a aquello que no se vela, frente al significante sin significación, frente aquel cero del significante como conjunto vacío, sustracción que abre el camino. El camino del sujeto deseante.

Es por esto que si no reconocemos algo de nosotros mismos, cuando lo extranjero no aparece, no habría ética posible para su abordaje.

En las siguientes líneas, nos adentraremos en el concepto que aquí proponemos como intervención del analista, las inyecciones de tiempo, en pos de desplegarlo en

De relaciones posibles y soportables con la extranjería

“Uno puede devenir xenófobo para proteger o pretender proteger su propia hospitalidad, el propio hogar que hace posible la propia hospitalidad.”

Jaques

Derrida

“En vez de comerse al extraño, se lo invita a comer. Eso hace de la humanidad una historia y de ahí historia de la humanidad.”

Leonardo Leibson

Sostener que “el inconsciente es un saber, una habilidad, un saber hacer con *lalengua*. Y lo que se sabe hacer con *lalengua* rebasa con mucho aquello de que puede darse cuenta en nombre del lenguaje” (Lacan, 2019, p.167), nos abre el camino para plantear que con *lalengua* pueden hacerse muchas otras cosas que exceden a la dimensión del lenguaje destinada al campo de la significación. Por lo tanto, ¿por qué no situar que aquellas manifestaciones, por más locas, sin sentido, apabullantes e insoportables que sean para los niños, son modos de saber-hacer, con aquella extranjería que se impone?

Ubicamos que frente a *lalengua*, los niños constituyen respuestas que nos indican cómo la marca fue recibida, es decir, leída. En calidad de afectos locos, sin sentido, apabullantes e insoportables, se presentan como retornos del carácter de insistencia y de imposición que sostiene aquella extranjería planteada. Puesto que no han tropezado con un punto de vacío en la extranjería, se han topado con uno lleno.

Es entonces que, si un individuo afectado de inconsciente es el mismo que llamamos sujeto de un significante, tal y como propone Lacan (2019), estamos en situación de considerar que, en las desventuras subjetivas, hallamos una manera distinta de relacionarse a la alteridad que implica el Otro. Distinción que proponiendo la cara más real del significante, nos acerca a una dimensión del lenguaje destinada no ya a la significación sino al campo de erotización del sujeto. Campo que nos fuerza a poner una imagen, un velo, algo que nos permita hacer de la relación con el Otro una relación soportable.

Ahora bien, dicho campo que nosotros constantemente nos intentamos sacar de encima, velar y ocultar con un compendio de significaciones, en los niños afectados en su constitución subjetiva, cobra un sabor particular. Insiste y retorna sin velos.

El punto de partida, el extranjero, es aquello que en la clínica de las desventuras subjetivas se encuentra comprometido. Sin embargo, es con él, que los analistas deben apostar a un trabajo posible.

Nos hallamos ante el problema de la hospitalidad planteado por Derrida (2000): “el extranjero (*hostis*) recibido como huésped o como enemigo- Hospitalidad, hostilidad, *hostipitalidad*” (p. 49).

El extranjero, el *a*, situando el agujero en el candado, abre a la posibilidad del significante para construir ficciones acerca de él. Así, de esta manera, el extranjero es recibido como huésped, como “heim” (Lacan, 2018a, p. 57), es decir, casa. El sujeto encuentra su casa, su hospitalidad en lo extranjero, en el vacío.

Ahora bien, si a lo extranjero no le permitimos pasar, si es recibido como enemigo, las puertas no se abren y la ficción no comienza. Nos hallamos presos en los juegos de una angustia siniestra y tortuosa, que no opera por la falta de *a*, sino, por la apariencia de algo allí donde debería estar en menos.

Situamos así, que en tanto “la falta viene a faltar” (Lacan, 2018a, p. 52), se presenta un Otro lleno, intrusivo y terriblemente completo para el cual el sujeto no

6

representa ninguna falta. De allí, “la sensación de estar indefenso, sin amparo en presencia de algo que nos alcanza desde espacios ajenos y desconocidos” escribirá Calvino (1999, p. 145).

El sujeto entonces queda sin casa y frente a una hospitalidad que rechaza. Derrida (2000) nos lo explicita de la siguiente manera:

Comienzo a considerar como extranjero indeseable y virtualmente, como enemigo a quien quiera que invada mi propio hogar, mi *ipséité* poder de hospitalidad, mi soberanía de anfitrión. Ese otro se vuelve un sujeto hostil del que corro el riesgo de volverme rehén (p. 57).

El riesgo de volverme rehén, la inminencia de una relación mortífera, en una unión amorosa a un Otro lleno, se evita. El sujeto tomado como objeto por el Otro, ahora percibe que es amado. Es quien tiene el objeto *a*, escondido en las sombras del Otro. No puede separarse. Si el Otro cae, el sujeto cae con él.

De este modo, sin topos determinable, sin el abrazo de una hospitalidad que aloje, un duelo esta negado. Negación, que abriendo las puertas a la eternidad, construye una continuidad infinita con el Otro que aturde por la falta de diferencias.

Tal es así que, en las desventuras subjetivas, se pueden observar determinados modos de presentación, donde además de situarnos frente aquello que no se ha constituido, resaltan los recursos, tal vez fallidos, con los que han intentado construirse hospitalidad.

Se trata de modos de presentación particulares, en los cuales se observan acting-out, pasajes al acto, falta de sostén del propio cuerpo, indiferenciación y continuidad con el cuerpo del otro, adosamiento a objetos, transitivismos, falta del registro del dolor y del espacio, irrupción de risas y gritos repentinos, utilización instrumental del lenguaje, entre otras cosas.

En fin, ¿son reacciones de un defecto o el testimonio de algo que se da a leer? ¿Por qué no pensar que es un trabajo que el sujeto mismo, como testigo, realiza con la extranjería que lo acusa? Es por esto, que no deberíamos pretender eliminarlo, interpretarlo o anularlo, ya que de este modo nos situaríamos, de tal forma, que quedaríamos a la par de ese Otro abrumador. Atentaríamos tanto contra los recursos que el niño pudo construir, como contra los fenómenos que nos guían hacia la posibilidad de leer allí otra cosa: el punto ciego, la necesidad imperiosa de un lugar de no saber en el Otro para que de allí, pueda advenir un sujeto.

Por ello, creemos necesario deslindar lo que estas presentaciones, como testimonios, nos plantean. Por un lado, el lugar del niño como testigo y el lugar del Otro. Otro tan absoluto que queda excluido para el niño dirigirle su llamado y hacerse reconocer en él como sujeto, puesto que éste, solo puede reconocerse como objeto.

Aquí, abriéndose el paso a la agresividad imaginaria, vislumbramos el llamado desesperado a un punto de falta en el Otro en donde pueda reconocerse como sujeto. Llamado que vemos desplegarse en los acting-out y los pasajes al acto.

El acting out en tanto conducta sostenida por un sujeto, es algo que se muestra a Otro. El objeto *a*, exige una simbolización frente a un Otro que se ha vuelto sordo. Sordera, que ante el grito de una letra que limite y dé vector legítimo a la pulsión desorbitada, lleva a una angustia que no hace señal sino que se precipita hacia el pasaje al acto. Pasaje en el que el sujeto sale eyectado porque sobre él mismo recae el objeto *a*. Momento de mayor embarazo del sujeto. Entonces, el objeto *a* no puede

funcionar como extranjero, “la sombra del objeto ha caído sobre el yo” nos dice Freud (1993, p. 246).

Después de todo, resta preguntarnos ¿qué trabajo es posible con un sujeto en vistas a cómo opera la dimensión del objeto *a* en su relación al Otro? ¿Cómo jugar la partida para propiciar la reinención de nuevas respuestas que posibiliten el surgimiento de un sujeto?

7

Para comenzar a esbozar una respuesta, nos guiaremos a través de la pregunta por la hospitalidad planteada en Derrida (2000)

(...) ¿debemos exigir al extranjero comprendernos, hablar nuestra lengua en todos los sentidos del término, en todas sus extensiones posibles, antes y a fin de poder acogerlo entre nosotros? Si ya hablase nuestra lengua, con todo lo que esto implica, si ya compartiésemos todo lo que se comparte con una lengua, ¿sería el extranjero todavía un extranjero y podríamos hablar respecto a él de asilo o de hospitalidad? (p. 23).

Pregunta que nos sitúa la paradoja en la que vemos precisarse la posición del analista, y de allí la dificultad.

Sucede que los modos de presentación, de las desventuras subjetivas, son tan ajenos, extraños (y a primera vista intratables), que inquietan, perturban y angustian. Puesto que nos enfrentan una y otra vez con el significante en cuanto tal, no velado. Hecho que nos cuestiona en los propios saberes, certezas, y legalidades introduciendo la posibilidad de cierta separación dentro de nosotros mismos.

Cierta cantidad de muerte que muchas veces atenta contra la posibilidad de leer en lo que se presenta, algo distinto de aquello que se expone.

He aquí que frente al riesgo de quedar presos de nuestra propia angustia, acudimos a reacciones privativas o incluso buscamos refugio en diagnósticos e intervenciones puntuales. Todos instrumentos que en tanto nos brindan las pautas de aquello que debemos hacer, nos aportan la seguridad de comprender. Reacciones en nombre del bien. Pero aquí cabe preguntarnos ¿el bien de quién?

Lacan, respecto a esto, nos alerta acerca de dos cuestiones. La primera redundante en que las vías vulgares del bien, ofrecidas por su inclinación a la facilidad, son proclives a extraviarnos (Lacan, 1990) puesto que nos cierran el acceso al *a*, al deseo. El bien, entonces, es una dimensión mortífera y aplastante. La segunda, resalta que la comprensión es un hecho de puro espejismo (Lacan, 2018b).

Ambas cuestiones se juegan alrededor de lo que con Derrida (2000) llamamos “la ley de hospitalidad como derecho o deber” (p. 31), puesto que determinan y nombran aquello que se presenta como incomprensible para elevarlo hacia vías conocidas.

Esta postura no será la que tomaremos para el trabajo con estos niños. Más bien, sostenemos que la presencia de determinadas modalidades de presentación, nos plantea el desafío de tolerar un encuentro con un sujeto, que una y otra vez, y de la manera más brutal, nos obliga a soportar el no saber, desorientando y dividiéndonos (Caniggia, 2018).

En definitiva, hallamos necesario sostener una postura de no comprensión. Porque la extrañeza, lo ajeno y lo extranjero forman parte del propio quehacer del psicoanalista. De esta manera, solo acogiendo lo extranjero (hasta en su dimensión siniestra), se abren en nosotros las puertas de un trabajo posible.

Siendo así, alojar las presentaciones de estos niños, supone no obturarlo con un criterio de realidad, con una posición psiquiátrica, con una función de síntesis

yoica, ni con una reacción privatizante, dirigida contra la potencialidad de las manifestaciones de los niños.

Darles lugar nos plantea el desafío de apostar a “la ley de hospitalidad absoluta” (Derrida, 2000, p. 31), porque la hospitalidad no consiste en interrogar al que llega en función de un bien o un deber, sino que la hospitalidad se ofrece, se da al otro antes de que se identifique, antes de aportar un nombre, incluso antes de suponerlo como sujeto.

Ello implica pagar el precio de una sumisión completa a las posiciones subjetivas de los niños. Sumisión que puede tornarse infernal.

Ahora bien, ¿de qué trata aquella hospitalidad que se ofrece? Consideramos que para comenzar a esbozar una respuesta posible a dicha pregunta, es indispensable tener en cuenta una determinada dimensión de la transferencia.

8

Dimensión que nos guiará desde el lugar que ocupa el analista como otro para el niño, hasta el deseo del analista. Recorrido que nos permitirá encontrar los pedales en los que se encuentran sostenidas las intervenciones del analista a las que llamamos inyecciones de tiempo.

La transferencia no es simplemente lo que reproduce y repite una situación, una acción, una actitud, un traumatismo antiguo. Siempre hay otra coordenada (...) un amor presente en lo real. No podemos comprender nada de la transferencia si no sabemos que es también la consecuencia de este amor, de este amor presente, y los analistas deben recordarlo a lo largo del análisis. Este amor está presente de diversas formas, pero al menos hay que pedirles que lo recuerden cuando está ahí visible. En función de este amor, digamos, real, se instituye lo que es la cuestión central de la transferencia, la que se plantea el sujeto a propósito del *ágalma*, a saber, lo que le falta, pues es con esta falta con lo que ama (Lacan, 2018a, p. 122).

El carácter peculiar que cobra esta dimensión de la transferencia en la clínica de las desventuras subjetivas, es que el niño, aquí, es mártir del objeto *a*. Y, puesto que la extracción no se ha producido, es el analista el que deberá

incluir el *a* en cuestión, a la manera de un cuerpo extraño, de una incorporación en la que nosotros somos el paciente, ya que el objeto en tanto causa de su falta le es absolutamente ajeno al sujeto que nos habla (Lacan, 2018a, p. 153).

El analista entonces deberá aportarlo una y otra vez y otra vez mediante su lectura. Desde su propio bagaje significativo, sus propias ficciones, instalará como límite el punto de castración de sí mismo.

Jugada del analista que se abre a lo imprevisto. Puesto que con el simple hecho de que él pueda alojar aquello que el niño trae (desde un punto de falta de saber en relación a aquello que aloja), propicia el movimiento que implica en un sujeto que haga con esa falta algo diferente de lo que la obtura.

Siguiendo a Allouch (2008) decimos, “es él, el psicoanalista quien se encuentra en posición de transferir” (p. 511). El niño aquí es erómenos (el amado), quien tiene su objeto *a* en el bolsillo. El analista, erastés (el amante). Sujeto de la falta que estará para el niño en el lugar de otro pequeño.

Pequeño lector del testimonio que por donar su falta desdobra la extranjería que se les presenta a estos niños, ofreciéndose como un margen de donde el sujeto

pueda extraer significantes.

¿Qué harán con ellos? No lo sabemos. Pero de esta manera, se brinda lugar a la construcción de ficciones y cortinas. Películas que le permitan hacer otras cosas con aquellas letras que se inscribieron en su historia. Tales como jugar, armar lazo, hablar y por qué no, lograr cierta estabilización.

La transferencia con estos niños nos supone entonces, un recorrido que va del analista al niño. Pasaje que configura el teatro del tiempo. Teatro en el cual, en tanto no excluyamos a priori la apuesta de que erómenos pueda virar a erastés, la función, la búsqueda del tesoro perdido que abre al tiempo del deseo, puede comenzar.

Ahora bien, sin duda alguna el hecho que el sujeto pueda encontrar un Otro con un punto de falta, abre a la constitución del sujeto como objeto perdido para el Otro. Pero ¿dónde es que el niño capta el *a* que el analista cede una y otra vez abriendo una falta en el Otro? ¿Qué es aquello que sostiene la transferencia explicitada en la clínica de las desventuras subjetivas? El duelo del analista. Duelo que se abre paso a partir de la angustia del mismo.

9

El niño capta la angustia del analista, como una pantalla a través de la cual transfiere la reacción que estaba en juego en aquel duelo impedido. Esto es, precisamente, si tiene la suerte de tropezar con una persona para quien podría ser una falta.

Aquí es donde encontramos la complejidad y la intensidad en la clínica de las desventuras subjetivas.

Una vez que el niño se encuentra con el punto de falta en el Otro, intentará ubicarse todo el tiempo allí, como siendo el objeto que causa la angustia del analista. Por lo tanto, se sucederán toda una serie de respuestas, con la única finalidad de comprobar y confirmar que él ocupa el lugar de la falta en el analista. El niño, un experto de la hermenéutica (Kohan, 2020, p. 55). Intentará, una y otra vez, descifrar cualquier gesto, cualquier movimiento del otro.

Un clima intenso e infernal para el analista, puesto que estando preso en las redes de la demanda amorosa, se erige como el Otro que debe responder sí o sí ante el pedido de confirmación del niño sobre el lugar que ocupa como falta.

Aquí yace su nivel de implicación, porque el analista no debe confirmarle al niño que este ocupa el lugar de su falta. Frente a semejante abstención, en el niño pueden suscitarse las crisis y en consiguiente, en el analista, el miedo de que estas se provoquen. Nos encontramos aquí, otra vez, frente al riesgo de caer en la ley de hospitalidad condicional, obturando las sendas del deseo.

Es en estas tierras intensas de amor, que el analista deberá operar de tal modo que sea capaz de no salir corriendo preso del terror. Porque ser quemado en el fuego del amor son los riesgos del oficio.

Riesgos ante los cuales el analista, deberá echar mano para situar un límite, una y otra vez, al propio duelo. En tanto duelo de querer representar la falta en dicho niño, florece la posibilidad del desasimiento, resaltando y reinscribiendo lo extranjero, el *a*.

Aquí reside el nudo central de la intervención que proponemos llamar las inyecciones de tiempo. Es a partir de que el analista como otro, duela una y otra vez que se instaura la posibilidad de ceder el *a* constituyendo una hiancia, un agujero en la extranjería llena que se le presenta al niño, el Otro.

Agujero radical e irreductible donde despunta el deseo del niño en búsqueda de aquel *a*, del extranjero perdido. He aquí, cómo durante dicha búsqueda, se suscita la creación de respuestas distintas, un saber-hacer diferente con aquello que se le impone desde el Otro.

Sin sentidos que apuestan a la libertad y construyen la posibilidad de leer y escribir de otras formas. De tal suerte que lo que antes devenía irrupción, ahora es invención. Lo que antes era fijeza, resulta movimiento.

Nuestra meta entonces es habilitar el nivel de la creación en donde el niño trabaje para vivir. Porque vivir, nos dice Kohan (2020) “es agujerear la existencia, esa que se impone desde el Otro, esa que nos obliga a querer sacarnos de encima el amor” (p. 190). Es producir singulares modos de barrar al Otro.

En concreto, tomar el testimonio de los niños, leerlo e intervenir para suscitar respuestas distintas constituye nuestra tarea. Labor que implica un duelo y un deseo más fuerte que el deseo de curar. El deseo del analista.

El duelo del analista como tiempo para las desventuras subjetivas

“Amar es dejar al otro estar solo. Efectivamente solo, y a pesar de todo amado.”

Jean Allouch

“Sin embargo, cuanto más experimento la especificidad de mi deseo, menos puedo nombrarla; a la precisión del enfoque corresponde un temblor del nombre; la propiedad del deseo no puede producir sino una impropiedad del enunciado.”

Roland Barthes

Llegando al final de nuestro escrito nos vemos en condiciones de afirmar que hay un tiempo para las desventuras subjetivas. Tiempo de corte, de separación que se instaura producto de una intervención del analista ligada a su propio duelo. Duelo que abre a la posibilidad del surgimiento del deseo del niño como deseo de su Otro particular.

El concepto que aquí formulamos y proponemos, las inyecciones de tiempo, reposan en la constante caída del *a* en el que el analista se sostiene como falta para su Otro particular. Siendo así, se dispone en acto a donarlo, a ceder su falta, solo con el fin de recrear la presencia de un vacío. Lugar donde el niño pueda alojarse y sostener así una relación tolerable, vivible con el Otro.

He aquí la gran dificultad. El analista sería alguien que constantemente se encuentra efectuando duelos. Dejándose caer, atraviesa incesantemente la experiencia del vacío insustituible. “La muerte seca” en palabras de Allouch (2011, p. 333).

Experiencia que concierne al analista en su deseo y función. Duelo en el cual

se advierte y se reedita el hecho de que, en el plano del deseo, no hay objeto de amor que pueda colmarlo, que tenga privilegio alguno.

Así es como Lacan (2018c) nos advierte:

Lo que Sócrates sabe y el analista debe al menos entrever, es que en el plano de a minúscula la cuestión es muy distinta de la del acceso a ningún ideal. El amor sólo puede rodear esta isla, este campo del ser. Y el analista, por su parte, sólo puede pensar que cualquier objeto puede rellenarlo. He aquí a donde nosotros, analistas, nos vemos conducidos a oscilar, en ese límite en el que con cualquier objeto, una vez que ha entrado en el campo del deseo, se plantea la cuestión — ¿qué eres tú? No hay objeto que valga más que otro— éste es el duelo a cuyo alrededor se centra el deseo del analista (pp. 439-440).

Deseo del analista definido entonces “como un vacío, como un lugar donde algo podrá venir a alojarse (...) el deseo del paciente como deseo de su Otro, el de la historicidad propia del paciente, el de las circunstancias propias de su vida” (Rabinovich, 2015, p. 17).

Solo desde aquí, podemos hablar de la hospitalidad absoluta. Hospitalidad, que comenzando por la acogida sin pregunta, sin nombre, nos plantea partir de un saber que no se sabe. Para decirlo en otros términos, la hospitalidad absoluta exige “que yo abra las puertas de mi casa y que dé (...) a lo desconocido, a lo anónimo (...) lugar” (Derrida, 2000, p. 31), que lo deje llegar sin pedirle su nombre. Porque es desde la sequedad que se escucha el discurso húmedo del paciente.

11

Exige al analista estar advertido de su docta ignorancia, del abandono de los prejuicios, de los falsos saberes o del saber del yo en el ejercicio de su práctica para no posicionarse desde allí. Porque

Leer quiere decir despojarse de toda intención y de todo prejuicio, para estar dispuesto a captar una voz, una voz que se deja oír cuando menos se la espera, una voz que viene de no se sabe dónde, de alguna parte al margen del libro, al margen del autor, al margen de las convenciones de la escritura: de lo no dicho, de lo que el mundo aún no ha dicho de sí y no tiene aún palabras para decir (Calvino, 1999, p. 247).

He aquí el analista tolerando la idea de un saber, que contiene en su interior un no saber acerca de cuál es el valor del objeto del deseo. Puesto que este mismo es una nada. Allí éste ha llegado producto del propio análisis y de la constante formación en ese saber no sabido que es el inconsciente.

Dejándose caer en el sin-sentido, el analista se encuentra abierto a la alteridad, a la curiosidad que cultiva la existencia de pasos infinitos de saber cómo apuestas. Conocimiento probabilístico que nos permite suponer allí, frente a la angustia que nos generan determinados niños, un sujeto que posee un saber aunque no se comunique a través de un yo.

Tal es así que, el analista leerá desde la atopía que implica el borramiento de su yo, desde un lugar otro, las presentaciones en las desventuras subjetivas. No ya nomenclando, tratando de comprenderlos, educarlos, o proponiendo normas- tal y como si pudiesen ser las mismas para todos-, sino como un verdadero testimonio.

Testimonio que vislumbra una relación amorosa y sofocante. Texto que le muestra al

lector, el analista, el mensaje que el niño intenta hacerle escuchar al Otro. Mensaje que hallamos en Cortázar (2019) cuando escribe “me atormenta tu amor que no me sirve de puente porque un puente no se sostiene de un solo lado, jamás” (p. 532).

De este modo, las presentaciones de niños con dificultades en la constitución subjetiva, exponen una unión amorosa que los deja solos y deshabitados. La lectura que de este mensaje pueda hacer el analista, es entonces una anticipación a posteriori. Anticipación que abrirá las puertas para que cuando emerja lo disruptivo en el niño, el analista apueste a intervenir solo y cuando se obturen las vías del deseo. Pues es en ese entonces, que ofreciendo un vacío resonador, el analista fuerza al sujeto a inventar nuevos recursos frente aquel Otro que se le presenta. Nuevas respuestas distintas al estrago causado por el carácter masivo de la irrupción. Aquí el niño es quién crea. Aquí, puesto que se construye un espacio de suspensión, se deja advenir lo sorpresivo delineando “una soledad compartida, como la del amor” (Kohan, 2020, p. 189). Un amor un poco más amigable, en donde lo extranjero ya no sea enemigo, sino compañero de soledad. Compañero que allí desde las antípodas de lo calculable, trastoca la armonía, la continuidad y el sentido. En efecto, se trata de movilizar efectos de escritura ofertando un espacio vacío en el que niño trabaje solo hasta inventar su propia voz.

En los campos institucionales que abordan las desventuras subjetivas desde el psicoanálisis, hallamos que no siempre es posible articular la lógica del Uno del vacío, que tal y como lo plantea Egge (2008), es aquella que “no se basa en A sino en S ■■■■ No se basa en un lleno, en Otro que sabe y requiere, sino en el vacío que orienta el deseo de cada uno” (p. 149). Puesto que los analistas no están exentos de caer en aguas moralizantes, intervenciones rutinarias, posiciones de saber y lecturas psiquiátricas.

Tal es así que la gravedad, no solo podemos leerla en cuanto a las problemáticas de los niños, sino también en los campos institucionales. Porque la teoría, como plantea Ulloa (2012), “puede operar como factor de agravamiento, por pretender sobreimprimirla sin evaluar clínicamente” (p. 14).

12

Aquí, lo grave puede designar también la magnitud de la fijeza de lo instituido, inmune a cualquier novedad instituyente. Fijeza que hace recaer la lógica del Uno del vacío en una perspectiva de cuidados más afines a la clínica médica. En fin ¿puede una institución, en estas condiciones, enloquecer aún más a los niños?

Reeditando la existencia de aquel Otro lleno, asfixiante, es donde yace la resistencia. Resistencia que anula la posibilidad de una escucha, porque la escucha no es condición suficiente si no hay quien la demande y quien la desee.

Ahora bien, más allá de la existencia de quienes deseen y demanden la escucha, quienes se embarquen a navegar en las posiciones subjetivas de los niños, quienes apuesten a sostener el deseo del analista, se plantean dos cuestiones.

Por un lado, resta saber si el trabajo en las desventuras subjetivas contribuirá a detener la irrupción de futuros desencadenamientos. Porque, al decir de Mallarmé (2013), un lance de dados no abolirá jamás el azar (p. 1).

Y, por otro lado, no debemos olvidar que el analista no se encuentra exento de caer en hospitalidades de deber o de derecho. Siempre se encuentra tensionado, como los niños, entre las leyes de la hospitalidad. Entre una hospitalidad absoluta, donde lo extranjero imprevisto adquiere cartas de ciudadanía, es atendido y escuchado por un público interesado y atento (Leibson, 2017) y, una hospitalidad que rechaza, pide nombres y hace preguntas, antes de dejar pasar al extranjero.

Juego de angustias, en el que el analista se embarca en la práctica. Tensión infinita que implica, una y otra vez, tomar nota acerca de las recaídas en hospitalidades que rechazan para relanzar la apuesta hacia la hospitalidad que aloja

siendo alojada.

Apuesta incesante por el deseo del analista. En tanto se sostiene en esa falta que constituye el nudo central del tiempo en las desventuras subjetivas. Tiempo de agujerear la abundancia, el exceso que esclaviza. Tiempo de hacer huecos.

Conclusiones

En el presente ensayo hemos visto que el encuentro con las desventuras subjetivas permite situar aquello que se encuentra demorado o, incluso, no se ha constituido. Por nuestra parte, a lo largo del recorrido, en lugar de recostarnos en una lectura deficitaria, constatamos que la importancia de localizar los recursos que el niño sí ha podido construir en calidad de respuestas, demuestra ser una mejor opción, habilitando un trabajo posible.

De este modo, comprometernos en esta postura, nos llevó a la necesidad de abstenernos de las vías de la comprensión y del bien, para asumir una posición como lectores.

El analista es un lector que acompañando los testimonios de las desventuras subjetivas y, alojando desde un lugar vacío, se sumerge en un modo de trabajo posible: las inyecciones de tiempo. Intervención que intenta, cada vez, por medio de la cesión de lo extranjero por parte del analista, construir el tiempo de las aberturas, vacíos, disparadores, ficciones, en los candados imponentes y llenos del Otro.

En otros términos, no es sin el sustento de la angustia del analista que denota su falta. Angustia como pantalla, que le permite al niño situarse, una y otra vez, en el lugar de causa. Ocupando el lugar de *a*, de la pregunta ¿qué objeto soy para el Otro?

Configuración de lugares, necesaria, aunque infernal para el analista. Puesto que el miedo a que las crisis subjetivas se susciten, lo exige a no responder a dicha pregunta.

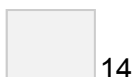
A fin de no quedar ahogado en las redes de la demanda y apelando a una hospitalidad que rechaza, en estas tierras de intenso amor, el analista, debe echar mano a su propio duelo para que la separación floresca. Reinscribiendo la falta, abre las vías del deseo como un camino vacío en el que una historia es contada.

Camino vacío que relanza la apuesta por el deseo del analista. Sostenido en el valor 0 del objeto de deseo. Impulsor de la hospitalidad que aloja siendo alojada. Hospitalidad que no pone nombres ni hace preguntas sin antes dejar pasar lo extranjero. Hospitalidad que habilita una espera soportable, en tanto permite al analista leer desde la sequedad, desde el borramiento del yo, las crisis subjetivas de los niños. Espera que inaugura una anticipación a posteriori, permitiendo el surgimiento de las crisis, localizando en ellas el punto donde se obtura el deseo. Punto donde el analista, interviniendo para liberar aquello que se encuentra aplastado, fuerza al niño a inventar sólo, nuevos recursos que le permitan lidiar de una manera más amigable con aquella extranjería que se le plantea.

Finalmente, podemos concluir que el analista frente al sin sentido, se encuentra siempre tensionado entre dos hospitalidades. Por un lado no se encuentra exento de caer en aguas moralizantes, posturas psiquiátricas e intervenciones rutinarias características de las hospitalidades que rechazan. Por otro lado, tampoco se encuentra

exento de tomar nota de aquellas hospitalidades que rechazan relanzando la apuesta por las hospitalidades que alojan siendo alojadas. Teniendo en cuenta el deseo del analista como un lugar vacío, aloja lo extranjero, lo extraño y el sin sentido.

Por último, podríamos afirmar que hay un tiempo para las desventuras subjetivas. Tiempo que dependerá de las relaciones que el analista tenga con lo extranjero, el a, y con lo pesado de su saber silencioso. Aquello que no sabe.



Referencias Bibliográficas

Allouch, J. (2008). De la transferencia psicótica (Trad. M, Perello). *En Marguerite o la Aimeé de Lacan* (pp. 493-522). Buenos Aires, Argentina: Cuenco de plata S.R.L. Allouch, J. (2011). Ajo: el duelo según Kenzaburo Oé (Trad. S, Mattoni). *En Erótica del duelo en tiempos de la muerte seca* (pp. 333- 377). Buenos Aires, Argentina: Cuenco de plata S.R.L.

Barthes, R. (2002). La incertidumbre de los signos (Trad. M, Soler). *En Fragmentos de un discurso amoroso* (pp. 166-167). Buenos Aires, Argentina: Editorial siglo XXI.

Calvino, I. (1999). *Si una noche de invierno un viajero* (Trad. E, Díaz). Madrid, España: Ediciones Siruela S.A.

Caniggia, M. (2018). Estatus del más que uno en el dispositivo soporte. *En G, Arenas (Ed), Clínica del autismo infantil. El dispositivo soporte*. (4ta Edición Revisada,

pp. 99-105). Buenos Aires, Argentina: Grama Ediciones.

Coirini, D. (agosto, 2017). La Bejahung y sus destinos: locuras, sujeto y enunciación. *Psicoanálisis en la universidad*, 1, 2017, 143-162. Recuperado de <https://psicoanalisisenlauniversidad.unr.edu.ar/index.php/RPU>.

Cortazar, J. (2019). Capítulo 93. *En Rayuela* (pp. 532-536). Barcelona, España: Penguin Random House Grupo Editorial.

Derrida, J & Dufourmantelle, A. (2000). Pregunta de lo extranjero: venida del extranjero. *En La hospitalidad* (pp. 11-77). Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina: Ediciones de la Flor S.R.L.

EGGE, M. (2008). La práctica a plusieurs de Antonio Di Ciccio. *En El tratamiento del niño autista* (pp. 115-191). Madrid, España: Editorial Gredos, S.A. Freud, S. (1993). Duelo y melancolía. *En Contribución a la historia del movimiento psicoanalítico.*

Trabajos sobre metapsicología y otras obras 1914-1917 (Tomo XIV, pp. 235- 255). Buenos Aires, Argentina: Amorrortu Editores. Iuale, L. (2016). Detrás del espejo: el trauma de *lalengua*. *En L, Salgado (Ed), Detrás del espejo: Perturbaciones y usos del cuerpo en el autismo* (pp. 139-142). Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina: Letra viva.

Kohan, A. (2020). Ese no sé qué. *En Y sin embargo, el amor. Elogio de lo incierto* (pp. 41-55). Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina: Paidós. Leibson, L. (2017). Los extranjeros también bailan. *En L, Salgado (Ed), HACER SE UN CUERPO en el autismo y la psicosis infantil* (pp. 69-77). Buenos Aires, Argentina: Letra Viva.

Lacan, J. (1990). La función del Bien. *En J, Granica (Ed), Seminario VII La ética del psicoanálisis 1959-1960* (pp. 263-277). Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina: Paidós.

Lacan, J. (2018a). *Seminario X La angustia 1962-1963*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina: Paidós

Lacan, J. (2018b). Introducción a la cuestión de las psicosis. *En J, Granica (Ed), Seminario III Las psicosis 1955-1956* (pp. 11-28). Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina: Paidós.

Lacan, J. (2018c). El analista y su duelo. *En J, Granica (Ed), Seminario VII La transferencia 1960-1961* (pp. 427-440). Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina: Paidós.

Lacan, J. (2019). La rata en el laberinto. *En J, Granica (Ed), Seminario XX Aún 1972-1973* (pp. 165-177). Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina: Paidós.

Mallarme, S. (2013). *Un lance de dados jamás abolirá el azar* (Trad. J. Segovia). (pp. 1- 2). París, Francia: Maldoror Ediciones.

Rabinovich, D. (2015). El deseo del psicoanalista y la ironía socrática. *En El deseo del psicoanalista. Libertad y determinación en psicoanálisis* (pp. 13-36). Buenos Aires, Argentina: Manantial.



Ulloa, F. (2012). Prefacio I. *En Novela Clínica psicoanalítica* (pp. 11-27). Buenos Aires, Argentina: Libros del Zorzal.

